

Angelina MUÑIZ, *De magias y prodigios*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Presentar un libro siempre es un reto, y un reto que asusta y atrae a la vez, sobre todo si, como es el caso, se trata de un libro escrito por una amiga, si su lectura ha agradado a quien hace la presentación, y ésta —es decir, yo— siente que quiere —y debe— hacerle justicia a la obra presentada. Al mismo tiempo que el reto, existe una gran tentación: la de llevar la obra a los terrenos propios, operación que consistiría en hablar menos del libro que de las obsesiones literarias de una, es decir, de usar el libro más como pretexto que como texto, y hacer la trampa de hablar de una misma, no de la obra de referencia.

Y de lo que se trata aquí no es de mí, sino de invitarlos a ustedes a la lectura de un nuevo libro de cuentos de Angelina Muñiz. Creo, sin embargo, que voy a caer por lo menos parcialmente en la tentación, y me dejaré llevar a ratos por mis obsesiones, cosa que permite desde luego el libro de Angelina.

A primera vista, *De magias y prodigios* es un libro pequeñito, de sólo cien páginas de extensión. Pero la vista engaña, y dígalos si no el índice: en ese reducido espacio caben no menos de catorce cuentos, y ninguno de ellos es precisamente corto. ¿Trampa de los editores, que utilizan un tipo muy chiquito, para poder meter, en estos tiempos de penuria económica, más texto en menos papel? ¿O características de la escritura de Angelina que, dentro de su parquedad, de su casi severidad, comprime una infinidad de elementos en unas cuantas palabras? Se trata, a todas luces, de las dos cosas juntas.

De magias y prodigios es un tomito que cumple con lo que su título anuncia. A lo largo de sus páginas, Angelina Muñiz nos va guiando en un recorrido intrincado, lleno de vericuetos, que va y viene de lo cuasi místico a lo fantástico, del remotísimo pasado al presente inmediato, de tierras ignotas a lugares familiares y precisos, en un viaje incesante de la imaginación. Imaginación que deambula tranquila, serena, seria, al igual que Angelina, y que, al igual que ella también, esconde bajo una calma aparente toda una serie de acontecimientos, de hechos y sorpresas.

A veces los cuentos de Angelina Muñiz son re-creaciones literarias, a modo de una visita a la casa de un viejo conocido. A este grupo pertenecen, por ejemplo, “Perdices para la cena” o “Paz en Aquisgrán”. Otras veces la fantasía se aleja de lo conocido, de lo familiar, para presentar una imagen remota, casi rayana en la ciencia-ficción, cuando la primera pareja humana aprende a conocer y a conocerse, e

inicia el infinito proceso de la reproducción en el planeta. Otras veces más, se trata de meditaciones profundas, melancólicas o angustiadas; pienso en “El hombre desasido” o en “La sinagoga portuguesa”, por ejemplo, ésta última de carácter mucho más personal, que la acerca al último cuento del libro, “El nido de águila del torreón de Mixcoac”.

El recorrido es variado: Angelina Muñiz nos lleva por tierras y tiempos diversos, enfocando la mira en distintos momentos de la vida de los seres humanos, de su modo de ser y de sentir. Los toma solos, uno a uno, examinándolos como si tuviera frente a los ojos una gran lente de aumento, para verlos con minucia, con prolijidad, casi con frialdad. Pero no es una frialdad total: se diría que para Angelina Muñiz esos seres, sus personajes, son como una especie de bichos extraños, a los que examina con la misma curiosidad preñada de extrañeza con que la mujer de “Al principio, el verbo” observa a la “especie de loba” que le muestra parte de los misterios de su propia vida. El examen al que Angelina somete a sus personajes unas veces es frío y desapegado como si fuera una disección, y otras está impregnado de un gran cariño o, más bien, de una inmensa compasión. Porque se trata de seres ajenos y desconocidos, sí, pero que son todos ellos como sus propios hermanos, con los que Angelina Muñiz comparte los misterios fundamentales del existir. Examinar a los otros es, al fin y al cabo, una manera de mirarse a una misma.

Un punto que tienen en común los personajes de *De magias y prodigios* es su aislamiento. Angelina toma a sus personajes en la soledad. Solos sufren, solos corren, solos reflexionan. A veces parecería que están acompañados, pero sólo está con ellos su reflejo. Porque a nuestra autora le gusta jugar con los espejos, o más bien, con la visión reflejada del mundo que en ellos se ve. Los espejos, como decía Borges, multiplican a los seres humanos, pero también les permiten verse a sí mismos desde otros ángulos, refractar en infinitas variaciones su reflejo, de tal modo que llega a confundirse, en sus profundidades, la realidad con la fantasía. Véase si no: al final de “La vela encendida”, el protagonista, encerrado en su casa y en sí mismo, “se contempla a sí mismo contemplándose a sí mismo: escribiendo” (p. 42). En “El mágico prodigioso”, Cipriano recuerda “el mundo del espejismo y de la refracción. El mundo de la creación mental. De la realidad de la imaginación” (p. 48).

A veces las ideas, en el mundo recreado por Angelina Muñiz, tienen una realidad tan concreta, tan material como los propios seres humanos. En ese mundo es fácil que surja la presencia del prodigio; pero es fácil, también, que se perciban como prodigiosas —o aterradoras—

las más conocidas de las manifestaciones de la naturaleza, y las acciones humanas más tristemente familiares.

En fin, que en *De magias y prodigios*. Angelina Muñiz retoma muchas de las facetas de su escritura, tanto las que conocemos ya de obras anteriores como otras nuevas, que resultan tan interesantes como las primeras. Y son tan atractivas estas nuevas caras de Angelina que uno no puede menos que expresar un deseo: el deseo de ver pronto, muy pronto, las próximas, que seguramente retomarán el viaje por tierras conocidas, pero que seguramente, también, nos mostrarán aspectos nuevos de una escritora que, al correr de los años, no ha dejado de superarse a sí misma en su diario quehacer.

Flora BOTTON-BURLÁ
Universidad Nacional Autónoma de México